

hacían más borrosas: lo achiqué con pedazos de papel y observé que cuanto más pequeño era crecía la precisión de las figuras. Por donde comprendí que los rayos luminosos, gracias a su dirección rigurosamente rectilínea, siempre que se les obliga a pasar por un orificio estrecho, pintan la imagen del punto de que provienen.

Aquel sencillo experimento dióme una altísima idea de la física, que me parecía la ciencia de las maravillas. Claro es que tenía en cuenta los portentos del ferrocarril, de la fotografía, recientemente inventada por entonces, la aerostación, etc. Y mis entusiasmos infantiles no me engañaban. Porque a la física debemos la gloriosa civilización europea; si el hombre pudiese olvidar las leyes y fenómenos de esta ciencia y sus admirables aplicaciones a la industria, volvería otra vez a la fase cavernaria.

Por entonces me propuse sacar partido de mi impensado descubrimiento; montado en una silla me entretenía en calcar sobre un papel aquellas brillantes imágenes que me consolaban en mi encierro. ¿Qué me importa, pensaba yo, carecer de libertad? Me prohíben corretear por la plaza, pero la plaza viene aquí a visitarme. Estos fantasmas son copia fiel de la realidad, y mejor que ella misma, porque son inofensivos. Desde aquí asisto a los juegos de los chicos y gozo como si tomase parte en sus diversiones.

Encantado con mi descubrimiento, cada día me agradaba más el reino de las sombras. Pero conté mi hallazgo a mis compañeros de encierro y se rieron de mí diciéndome que aquello no tenía importancia por ser *cosa natural* cuando la luz entra en un cuarto oscuro.

¡Qué falta de curiosidad y de admiración tienen los ignorantes! Sorprende notar que el vulgo que alimenta su fantasía con cuentos de brujas y fantasmas, desprecia el mundo que nos rodea, sin sospechar que todo él está lleno de maravillas. Todos podemos convertir la vida diaria, vulgar, en comedia de alta magia en cuyas escenas aparezcan hadas, gigantes, princesas, gnomos y monstruos. Para realizar esta metamorfosis la ciencia tiene una varita mágica y un talismán infalible: se llaman *atención y reflexión*.

RAMÓN Y CAJAL.

(La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo).

16.—Los dos príncipes

(Idea de la poetisa norteamericana HELEN HUNT JACKSON).

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la pueden ver:
en pañuelos de olán fino
lloran la reina y el rey:
los señores del palacio
están llorando también.
Los caballos llevan negro
el penacho y el arnés:
los caballos no han comido,
porque no quieren comer:
el laurel del patio grande
quedó sin hoja esta vez:
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel:
—¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor:

la pastora está diciendo:
«¿Por qué tiene luz el sol?»
Las ovejas cabizbajas,
vienen todas al portón:
una caja larga y honda
está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste:
Canta allá adentro una voz.
«Pajarito, yo estoy loca,
llévame donde él voló!»
El pastor coge llorando
la pala y el azadón:
abre en la tierra una fosa:
echa en la fosa una flor:
—¡Se quedó el pastor sin hijo!
Murió el hijo del pastor!

JOSÉ MARTÍ.

(La Edad de Oro).

17.—Romance del conde Arnaldos

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba a cazar,
vió venir una galera
que a tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar hacía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan nel hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
nel mástel las faz posar.
Allí fabló el conde Arnaldos,
bien oireis lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero,
dígame ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va.

(MÉNÉNDEZ PELAYO:
Las cien mejores poesías (líricas)
de la Lengua Castellana).

